

## Tres epistemes interpretativas de *Edipo Rey*

Gerardo A. Rodríguez Casas

### *Edipo Rey*: La interpretación mítico-trágica de Sófocles



La tragedia *Edipo Rey* fue escrita por Sófocles (494-406) durante la consolidación de la primacía de Atenas en Grecia, debido al potencial naval y colonial fundado por Pericles. Este “siglo de oro” permitió el florecimiento de eximios filósofos, escultores y escritores. La tragedia se inicia en el siglo VI a.C. como un desarrollo posterior al culto ritual a Dionisos, en donde las normas morales y religiosas son objeto de consideración filosófica en la vivencia, precisamente trágica, de aquellas leyes. De esta manera la representación de la tragedia clásica viene a suplir la primitiva canción dionisiaca (que era acompañada de danzas corales).

Sófocles es poeta, atleta, político, administrador, estratega militar, magistrado y, para nuestro caso, autor de más de ciento veinte tragedias. *Edipo Rey* revive una leyenda que Sófocles reviste de tradiciones y folklore popular, sobresale entre las tragedias por su fuerza y claridad, a tal grado que dos milenios le han hecho favorita.

Edipo libera a Tebas de la terrible esfinge y es coronado como rey. Una epidemia azota la ciudad a causa de que la sangre de un asesinato impurifica el lugar. El oráculo pide destierro o muerte al culpable. Edipo maldice y promete ejemplar castigo. Tiresias, el adivino, se niega a revelar el nombre del asesino de Layo, el anterior rey de Tebas. Fustigado por el soberano, Tiresias lo increpa como ese ser impuro que mancilla esa tierra, no sólo como asesino sino, también, para su oprobio, de vivir, ignorante, en contubernio. La ira del Rey estalla y Tiresias se defiende diciendo: “Nada temo, pues mantengo la verdad que es poderosa”. Edipo lo acusa de confabularse con Creonte, su cuñado, para derribarlo del trono. “No está decretado por el hado que sea yo la causa de tu caída, dice el adivino; pues, suficiente es Apolo, a cuyo cuidado está el cumplimiento de todo esto”.<sup>1</sup>

El hado, para mostrar la inflexibilidad de su ley, se ha ensañado contra Edipo; y así lo anuncia Tiresias: “Entre los maltratados por el destino no habrá otro mortal más maltratado que tú”.<sup>2</sup>

El parricidio y la prohibición del incesto son leyes de los dioses, cuya transgresión hace a Edipo el criminal más horrendo, digno no sólo de ser arrojado de la ciudad sino de las peores humillaciones, como es la mendicidad. Edipo ha llegado a ser al mismo tiempo “padre y hermano de sus propios hijos”, “hijo y

marido de la mujer que lo parió” y “comarido y asesino de su padre”. Ha quebrantado el mandato de los dioses y, ahora, las terribles furias le persiguen y el hijo de Júpiter, armado de rayos y relámpagos, se lanza contra él.

Tiresias está privado de la vista corporal, pero es capaz de ver la verdad de lo que rodea a Edipo; a éste, en cambio, le sucede lo contrario; por lo que aquél le dice: “Tu tienes muy buena vista y no ves el abismo de males en que estás sumido”<sup>3</sup>; y predice el castigo adecuado a su ceguera: “donde si ahora ves luz, luego no verás más que tinieblas”.<sup>4</sup>

Yocasta se atreve a afirmar que un oráculo, no de Apolo, sino de uno de sus ministros, había predicho que Layo moriría a manos de su propio hijo, pero que tal oráculo no había tenido cumplimiento. Tal aseveración desata la desgracia, pues cita el lugar en que murió Layo, como un paraje en que tres caminos se cruzan; lo cual es suficiente para que el corazón de Edipo tiemble y su espíritu se estremezca. Las terribles maldiciones que acaba de proferir caen sobre su propia cabeza y la de la insensata parlanchina, que intenta detener el torrente que se avecina y le inunda en su sangre. La belleza, que no fue capaz de detener las palabras insensatas, ahora le priva de la voz al aprisionarla y dejarla pendiente de su cabellera. El oráculo despreciado se ha reivindicado y ha mostrado la validez que le asiste. El coro exclama: “¡Ojalá me asistiera siempre la suerte de guardar la más piadosa veneración a las predicciones y resoluciones cuyas sublimes leyes residen en las celestes regiones donde han sido engendradas”.<sup>5</sup>

Yocasta trata de tranquilizar el temor de Edipo a unirse con su progenitora, diciendo: “No te inquiete el temor de casarte con tu madre. Muchos son los mortales que en sueños se han unido con sus madres; pero quien desprecia todas esas patrañas, ese es quien vive feliz”. De este punto arranca la interpretación psicoanalítica de Freud, a la que haremos referencia en la tercera parte de este breve artículo.

De modo fatal e inequívoco se da el cumplimiento de los oráculos. Layo intenta, una vez conocido el oráculo, dar muerte a su hijo para evitar el cumplimiento de la predicción, con lo que hace posible que aquél pueda darse. Sabedor, también, Edipo de

---

Gerardo A. Rodríguez Casas. Doctor en Filosofía. Profesor definitivo de la Facultad de Humanidades de la UAEM.

aquel oráculo se aleja de quienes considera sus padres, sin saber que con ello encontraría a sus verdaderos progenitores, al padre para matarlo y a la madre para desposarla.

Edipo es arrollado por un torbellino de inquietudes, que mientras más se ahondan más profundo le sumergen. La muerte de Pólipo pone de manifiesto que sólo era su padre adoptivo, el propio mensajero de aquella noticia fue el donador, las marcas de sus pies atestiguan el hecho acaecido en los prados de Citerón; finalmente, la revelación de la verdad por parte del criado, hace aparecer la luz que ha de cegar a Edipo, quien privándose de la vista pretende ignorar su desgracia. Pero la intención se revierte y la verdad que arrancó a Edipo los ojos, que fueron ciegos ante ella, abre la percepción de su espíritu para que pueda verla.

El hado infausto rige de modo fatal el destino de los humanos, sin que la voluntad de éstos pueda oponerse a aquél; pues aún dado a conocer por los oráculos, es inevitable, tanto que expresa la voluntad de los mismos dioses. La tragedia de

*Edipo Rey* insiste en esto una y otra vez, aumentando la fuerza de la expresión y de las mismas emociones, hasta culminar al final con un "Ecce homo" (He ahí al hombre): "Habitantes de mi patria, Tebas; mirad a Edipo hoy. Fue el más perito en resolver enigmas, pudo llegar a ser el más alto de los hombres. El que lo miraba sentía envidia por su dicha y su altura y ved a qué abismos lo precipitó el ruedo del destino".<sup>6</sup>

En tal circunstancia el coro llama a Edipo: "Digno de lástima eres, lo mismo por tus remordimientos que por tu desgracia".<sup>7</sup> Edipo, que se consideraba criminal e impuro, cuya hermosura física no era sino envoltura de maldades, hombre mal nacido perteneciente a una raza perversa, abandonada de los dioses, pide se le mate o se le arroje al mar, como parricida e

impío que es. Crec. te le pide que tenga fe en el dios. Acompañado de su cuñado y asistido por sus hijas que se apiadan de él, Edipo entra en el palacio.

El hablar sentencioso sirve de apoyo al discurso: "En el consejo de los hombres de experiencia está el buen éxito de las empresas". "¡Cuán funesto es el saber cuando no proporciona ningún provecho al sabio!". "Si crees que la arrogancia, cuando la razón no la apoya, es cosa que debe mantenerse, te equivocas". "No andar tan equivocado que se prefiera



otras cosas que no sean las que dan honra y provecho, a la vez”. “Repudiar a un buen amigo es tanto como sacrificar la propia vida”. “El tiempo es la única prueba del hombre justo, ya que al malvado basta un día para conocerlo”. “Los juicios precipitados suelen ser (insensatos) inseguros”. “El orgullo engendra tiranos, les eleva a la más alta cumbre para despeñarlos en fatal precipicio”.<sup>8</sup>

La confrontación entre los humanos y los dioses hace aparecer aquéllos en la nada de su mortalidad. Las exclamaciones se repiten cual cincel que esculpe la sentencia: “¡Ay! ¡Generaciones de mortales; vuestra existencia es a mis ojos como la nada!”... y la frase final advierte: “A quien no ha visto aún la luz del final del día, jamás lo llaméis dichoso. Dejad que vaya al seno de la muerte, sin haber gustado la amargura del dolor de la vida”.<sup>9</sup> En estas expresiones la amargura impregna la vida para mostrar su sabor. La hiel se ha derramado para dar color a la piel del ser humano.

La reivindicación de Edipo es, al mismo tiempo, la reivindicación de Sófocles. *Edipo en Colona* muestra a los noventa años de lucidez intelectual de Sófocles para sofocar en su fortuna la ambición de sus hijos. *Edipo en Colona* encuentra la generosa hospitalidad de Teseo, Rey de Atenas; pues, por oráculo de los dioses, su desdichada vida, caída en la mendicidad por la ambición de sus hijos, se torna prosperidad para quien le albergue. Ahí vence las falaces intrigas de Creonte, su cuñado, y de Polínice, su propio hijo. Ahí acompañado del Rey de Atenas y de sus hijas es purificado, llamado por la misma divinidad e introducido al Olimpo de los dioses. Sófocles alcanza la inmortalidad con Edipo.

Puesto que el hado ejecuta inexorablemente el destino asignado por los dioses, Edipo es liberado de culpa y así al solicitar hospitalidad, el caído en el infortunio argumenta: “porque de mis actos, más he sido el paciente que el agente” y Antígona, su hija, añade: “Considerad y veréis que ningún mortal, sea quien fuere, puede nunca resistir cuando es un dios quien lo empuja”.<sup>10</sup> Inocente y, sin embargo, castigado al oprobio e infortunio añadió, en su ira, pena en exceso.

La liberación de la culpa en la purificación de Edipo hace que la desdicha se vuelva fortuna y bienandanza para quien benévolo le reciba. En lo cual comprende el infortunado de Tebas que su fuerza procede de quien mora en el Olimpo, su nihilidad aflora en la pregunta: “¿Cuándo nada soy es cuando soy hombre?”.<sup>11</sup> El abandonado de los dioses, ahora es ensalzado por aquéllos para quienes no hay vejez ni muerte.

Los dos hijos de Edipo han de caer bañados en su propia sangre, cada uno de ellos víctima del odio de su propio hermano, “para que sepan que es justo reverenciar a los progenitores y no menospreciarlos”. La educación se identifica con la enseñanza de las leyes establecidas por los dioses.

Antígona, al sepultar a su hermano en contra de la orden de Creón, es apresada y sepultada viva. El amor y la piedad vence

a la impía y despótica autoridad. La vida humana exige sepultura en su muerte y la orden que la transgrede es sepultada en su propia transgresión. El suicidio de Hemón, hijo de Creón, y enamorado de Antígona, lo mismo que el de su madre, pone de manifiesto el castigo y la voluntad de los dioses. Es preferible morir en defensa de los propios principios, que no pactar con la maldad.

### **Edipo Rey: La interpretación teleológico-educativa de Aristóteles**

La tragedia es, para Aristóteles, el punto culminante del arte poético, que se plasma en la representación de una grave acción de horror y aflicción, unida al placer específico que produce su eliminación.<sup>12</sup>

Aristóteles consideraba a *Edipo Rey* como modelo y la más bella tragedia. El drama de algo tremendo y conmovedor desarrolla en el espectador los mismos afectos. La grande desdicha que cae sobre Edipo y el sufrimiento consecuente aterroriza y conmueve. Pero la inocencia del infortunado le libera de la culpa y, así, el espectador goza del placer trágico en la propia “katharsis”. He aquí la finalidad a la que aspira el poeta en la tragedia.

La “katharsis” producida en la tragedia es semejante, como arte de las musas, a la purificación que se da en el culto orgiástico. Aristóteles ejemplifica con el acto de purificación que Ifigenia propone para salvar a Orestes. La “katharsis” es un eliminar aquello que no se desea. La tragedia hace notar, por una parte, la bondad e inocencia del personaje principal y, por otra, la desdicha que le embarga, dada la falta en la que, de modo inconsciente, ha caído. He aquí la “hamartía” (falta) que hace caer al espectador en un tremendo horror y, sin embargo, la inocencia y la desgracia le conmueven hasta el paroxismo. La acción, así dispuesta, de la tragedia conduce al público de una manera natural a la complejidad de estos afectos encontrados, que en su oposición y en su fuerza irresistible son liberados en la purificación de la falta, pues se comprende su inocencia. Ahí el desahogo del terror suscita el placer que justifica al infortunado en un agradable sentimiento de compasión y de aceptación en la que llega a amársele y aquí estalla la alegría que proporciona el gozo catártico y el placer trágico.

El espectador participa en la tragedia como juez que pondera la culpa y falla en pro o en contra. El ciudadano ateniese, habituado a los juicios populares, participa, también ahora, en el estremecedor drama que se representa en el Teatro de Dionisos. Cuando la inocencia del acusado se hace evidente, la justicia exige que el juez le absuelva de culpa e, incluso, que el dios justo le purifique en solemne ceremonia ante la asamblea del pueblo y que sea castigado el que valiéndose de su infortunio le despojó de sus bienes. Restablecida la justicia, el juez goza la alegría que proporciona el equilibrio social. Aristóteles busca armonía en la tragedia.

La tragedia es un acto integral en el que la preponderancia se deja en manos del proceso afectivo. Aristóteles, como filósofo que da el predominio a la razón, ubica al espectador como juez y a la razón como impartidora de justicia para restablecer el equilibrio y la armonía. Pero Sófocles gusta de las emociones fuertes en el furor de su contraposición, sufre en el estallido de las pasiones desagradables y goza intensamente en la liberación

de los sentimientos agradables que han logrado incrementarse al máximo, precisamente al hacer explotar los grilletes de la represión.

Es evidente que la razón esté preocupada ante la violencia de los afectos; que la voluntad vaya de aquí para allá, cual veleta arrastrada por la furia de los sentimientos, que la consciencia quede atónita ante el sucederse precipitado de los acontecimientos y la explosión de las pasiones, sin lograr asirse en la reflexión antes de ser nuevamente arrebatada por las emociones. La tragedia de *Edipo Rey* está dominada desde el punto de vista subjetivo por la afectividad poético-romántica y desde una pretendida objetividad que se refugia en el mito. Sólo una vez que las emociones se han mitigado, en *Edipo en Colona*, éste se da cuenta de los excesos a que le ha llevado el furor de sus pasiones y se aconseja dejar que "la razón recobre su imperio para que se disipen aquellas arrogancias".<sup>13</sup>

La tragedia permite cernirse sobre el abismo para retornar a la orilla y tomar nuevamente la vida con el entusiasmo y el valor del que ha desafiado a la muerte y, en ese trance, ha aprendido a amar el propio ser.

### **Edipo Rey: La interpretación hermenéutica de Paul Ricoeur**

La consciencia, fundamento para la fenomenología, aparece para el psicoanálisis como un prejuicio. El choque entre fenomenología y psicoanálisis es tan frontal que Paul Ricoeur, parodiando la frase de Platón de que "la cuestión del ser es tan oscura como la del no ser", declara que "la cuestión de la consciencia es tan oscura como la cuestión del inconsciente".<sup>14</sup>

Los datos inmediatos de la consciencia están dados con certidumbre, pero esto no implica su necesaria veracidad porque remite a lo predado y a lo inconsciente, lo cual tampoco se manifiesta en su verdad. Por consiguiente, la incapaci-

dad de la consciencia para totalizarse, es decir para bastarse a sí misma (en un reduccionismo exclusivista) exige la apertura de la consciencia a otros ámbitos en una integración con ellos.

Es necesario aplicar la crítica epistemológica a la metapsicología freudiana para mostrar los límites de su validez. El realismo empírico que pretende establecer Freud no alcanza la realidad misma del impulso sino la representación de él; el inconsciente incognoscible no es conocido en sí mismo sino en el signo que le manifiesta, porque los "representantes representativos del impulso son aún del orden del significado y homólogos de derecho en el imperio de la palabra".<sup>15</sup> Por otra parte, la percepción interna de la

representación sólo se obtiene a partir de procesos preconscientes e, incluso, plenamente conscientes. Por lo que el sistema se presenta integrado, la misma represión manifiesta la influencia de la consciencia sobre el inconsciente y la representación como la reacción de éste ante aquella represión; pero todo lo que aparece es dado a conocer a través de algún grado de conciencia.

Ahora bien, si la conciencia interpretara la representación del inconsciente proyectaría en él sus propias estructuras y no le daría a conocer sino, más bien le reprimiría. De ahí la necesidad de encontrar alguna clave que permita descifrar el significado de la representación. Dicha clave puede descubrirse en acontecimien-



tos que, aunque relativamente olvidados, siguen teniendo fuerte repercusión en los procesos psíquicos o en la misma conducta. Freud ha propuesto la terapia psicoanalítica; pero atinadamente observa Ricoeur que ahí se dan modelos interpretativos de acuerdo a un sistema de descodificación que, aunada a la función interpretante de la consciencia testigo del terapeuta, constituyen el inconsciente, no como algo totalmente falso, sino como “una realidad diagnosticada”. He aquí los límites de su validez. Dice en torno a esto Ricoeur: “El inconsciente es un objeto, en el sentido en que es constituido por el conjunto de procedimientos hermenéuticos que los descifran: no lo es absolutamente, sino relativamente a la hermenéutica como método y como diálogo”.<sup>16</sup> El desciframiento del inconsciente lleva en cada caso la marca del lenguaje transferencial utilizado. Evidentemente no se trata de una simple invención o de una total proyección del analista. La constitución del inconsciente como objeto exige la colaboración interactiva entre diversos ámbitos epistemológicos. Ricoeur lo expresa de la siguiente manera: “Es necesario, entonces, no dejar de hacer el vaivén entre el realismo empírico y el idealismo trascendental; es necesario afirmar el primero contra toda pretensión de la consciencia inmediata a saberse en verdad ella misma; pero es necesario afirmar el segundo contra toda metafísica fantástica que otorgaría una consciencia de sí a este inconsciente”.<sup>17</sup>

El inconsciente ha forzado a la fenomenología a poner la consciencia no en el origen sino al final y como tarea. Para alcanzar tal objetivo Ricoeur propone la vía epigenética, por la que se devela el nacimiento de sí y el proceso por el que el hombre se hace adulto. Lo que se realiza, según Ricoeur, pasando a través de “tres esferas de sentido”: a) En la esfera del tener, el hombre llega a ser capaz de relaciones económicas, ahí “se torna consciente de sí en tanto que vive esta objetividad económica, como una nueva

modalidad de su subjetividad ligada a la apropiación”; b) En la esfera del poder, el hombre se hace capaz de entrar en las relaciones políticas, ahí “en la relación mandar-obedecer se engendra a sí mismo como valor propiamente espiritual”, asegura Ricoeur, aunque añade a continuación: “declaro entrever muy mal este segundo tiempo que, sin embargo, haría concreta esta dialéctica”;<sup>18</sup> c) En la esfera del valer, el hombre entra en relaciones de ser estimado, aprobado y reconocido como persona, ahí “Mi existencia, dice Ricoeur, por mí mismo, es, en efecto, tributaria de esta constitución de sí en la opinión de otro”.<sup>19</sup> Es decir, la constitución de los sujetos se fundamenta en el mutuo reconocimiento, basado en las figuras culturales. Este proceso constituye, para Ricoeur, la consciencia, el espíritu, la persona y la subjetividad.

Compartimos la opinión de Ricoeur en el sentido de que estas esferas son indispensables en la evolución humana para que la consciencia llegue finalmente a una plena autoconsciencia y que este estado no es el punto de partida; el proceso mismo no es suficiente para constituir el consciente; el inconsciente por sí mismo no arriba al final por evolución simple; por lo que Ricoeur propone una relación de oposición entre el procedimiento analítico hacia el inconsciente y sintético hacia la consciencia. La consciencia, afirma, “no tiene su sentido más que en figuras posteriores, siendo sólo una figura nueva la que puede revelar, fuera de tiempo, el sentido de las figuras anteriores”.<sup>20</sup> Aquí se manifiesta el proceso sintético de la consciencia, en el que no es el punto de partida el que da significado al proceso evolutivo, sino el punto final al que se dirige; todo el proceso es sintetizado en un aniquilar el punto de partida por una inversión realizada por la perspectiva del punto final, que absorbe en la síntesis todo el proceso, pues éste adquiere significado en aquél. Por ello, afirma Ricoeur, “La consciencia es el movimiento que aniquila sin cesar su punto de partida y no está seguro de sí más que al final”.<sup>21</sup> Esto explica el movimiento retroactivo de la consciencia en su aspecto epistemológico: “La inteligibilidad de la consciencia va siempre de adelante hacia atrás”.<sup>22</sup> Por el contrario, el inconsciente procede de modo inverso,



“su inteligibilidad procede siempre de figuras anteriores”, en un movimiento progresivo. Pero, si el movimiento epistemológico es el indicado, el movimiento evolutivo es, precisamente, el inverso: el inconsciente es el principio de regresión hacia la infancia y la consciencia el principio de progreso hacia la madurez. Pero el campo es común a ambos principios e interactúan sobre el mismo material en los mismos procesos. Lo que posibilita dos lecturas, dos interpretaciones, dos hermenéuticas de los símbolos, según se atiende a las figuras posteriores o anteriores se hará una hermenéutica de la consciencia o una hermenéutica del inconsciente.

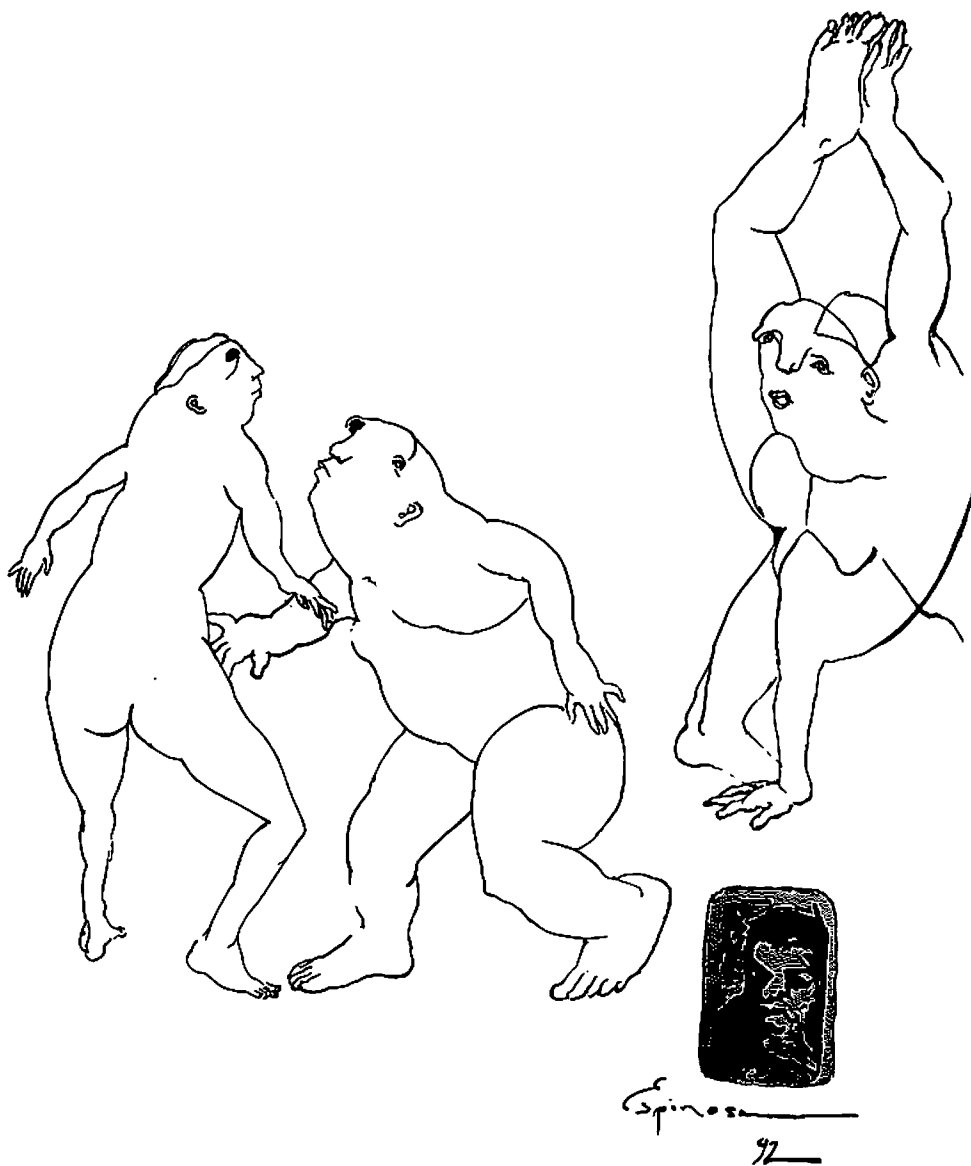
En este contexto aborda Ricoeur la tragedia de *Edipo Rey* de Sófocles. La interpretación de Freud hace una regresión a los anhelos de la infancia para dar la primordialidad interpretativa al inconsciente e identificar el destino no con el oráculo de los dioses sino con la estructura y tendencia del deseo. El fóbos trágico remite a la represión de nuestro propio impulso. Dada la primera interpretación, Ricoeur se avoca a la segunda. “La creación de Sófocles no es una máquina para hacer revivir el complejo de Edipo por la doble vía de una realización ficticia de compromiso que satis-

faga al Ello y dé un castigo ejemplar que satisfaga al Super-yo".<sup>23</sup>

La segunda problemática es la tragedia de la consciencia de sí. El orgullo presuntuoso del Rey Edipo le lleva a maldecir al desconocido impuro que causa la peste de la ciudad; lo que desencadena la ruina de su presumida y vana consciencia. La vanidad reviste la presunción de celo por la verdad. En contraposición un hombre ciego y sin pretensiones de grandeza es el que, como "vidente" posee la verdad. La orgullosa cólera se desmorona ante el poder de la verdad. La magnificencia en su vanidad le enceguece y el auto-castigo por el que se arranca los ojos le permite hacerse "vidente" de la verdad.

Hay, por tanto, dos hermenéuticas. Una vuelta hacia figuras ascendentes y espiradas, la otra hacia el resurgimiento de símbolos arcaicos. La primera posee un texto aislado y la segunda uno trunco. La oposición entre consciente e inconsciente propician dos interpretaciones inversas: progresiva y regresiva.

Ambas interpretaciones son producto de una abstracción, pues el proceso es uno mismo y ambos factores están integrados en una misma estructura que exige en su estado normal de equilibrio una interpretación integrada, que supere la abstracción del análisis desintegrador. De hecho es posible la parcial desintegración en estados de desequilibrio, debido a crisis patológicas. Estos son los casos en los que intervino con mayor frecuencia el psicoanálisis y ello explica su tendencia. Hace falta, aún, una tercera lectura de los casos normales, donde el hombre se presente en su integridad total.Δ



#### Notas

1. Sófocles. *Siete tragedias*, Ed. Mexicanos Unidos, México, 1989, p. 91.
2. *Ib.*, p. 93.
3. *Ib.*, p. 92.
4. *Idem.*
5. *Op. cit.*, p. 102,\*39.
6. *Op. cit.*, p. 117.
7. *Ib.*, p. 113.
8. *Passim.*
9. *Op. cit.*, p. 117.
10. *Ib.*, p. 125.
11. *Op. cit.*, p. 128.
12. *Retórica*, 1449 b.
13. Sófocles. *Siete tragedias*, p. 135.
14. Paul Ricoeur. *Hermenéutica y psicoanálisis*, Ed. Megápolis. Bs. As., 1975, p. 5.
15. *Ib.*, p. 11.
16. *Op. cit.*, p. 13.
17. *Ib.*, p. 15.
18. *Op. cit.*, pp. 18-20
19. *Ib.*, p. 19.
20. *Ib.*, p. 20.
21. *Op. cit.*, p. 20.
22. *Ibidem.*
23. *Ib.*, p. 23.